

bolaba la bandera de Francisco, quién la del imperio, pero ninguno la nacional. El pueblo, como acontece al que está mal, esperaba en aquella conmoción general de la Europa, y soñaba con mejorar de suerte. Los Gibelinos, además de las reminiscencias clásicas y de la gloria romana, se acordaban de que la libertad había florecido allí bajo el nombre imperial, y esperaban que Carlos V la haría renacer. Los Güelfos, aunque temerosos al ver tantas tropas reunidas, confiaban en la Francia y en sí mismos para obtener una buena paz, en Florencia armada, en Venecia intacta, en el papa que creaba cardenales para proporcionarse dinero, y que no querría dar que reír á los Luteranos. Entretanto unos y otros padecían, y se acostumbaban á la servidumbre (1).

Los Franceses eran mirados siempre en Italia, á pesar de tantos desengaños, como libertadores; y á la verdad, nunca trataron de exterminar de hecho pensado, ni irrogaban por cálculo injurias ni perjuicios. Abundando en valor, faltábales orden, prudencia, prevención suficiente, prevision de los desastres: excelentes soldados, creían hallarse aun en los tiempos feudales, y despreciaban las nobles artes introducidas por los Españoles. Pero el valor personal no bastaba ya cuando lo eran todo los manejos, la fria astucia, el aguardar la ocasion, y el dejar consumirse las fuerzas enemigas. Algunos Italianos aprendieron pronto aquellas artes, y se valieron de ellas en daño de la patria; mas en los hombres del pueblo contrastaban con las virtudes de los tiempos libres; fuera de que las combinaciones mezquinas eran impotentes contra los vastos designios de la época. Sin embargo, por haber los Italianos expuesto aquella política en un libro, donde horroriza mas que en la práctica, se les calificó de maestros en lo relativo á maldades, de que eran víctimas.

(1) Mons. Goro Gheri, gobernador de Plasencia, escribe en 1514: «Está aquí Rovato, fraile calzado, hombre de mérito que goza de buena reputacion en la ciudad. Y como esta se halla dividida, habitando en un lado de ella los Güelfos y en otro los Gibelinos, de suerte que una faccion no va á oír el sermón á las iglesias que están mas próximas á la otra faccion, y la iglesia catedral es la ménos frecuentada por una de las facciones; el fraile Rovato, para entrar el punto mas comun posible en la ciudad á ambas facciones, ha escogido una iglesia de San Protasio, etc.» *Archivio storico*, ap. VI, 36.

«A Julian de Médicis enviaba en 1515 un memorial, donde dice:  
«Esta ciudad está dividida en dos facciones principales, á saber, los Güelfos y los Gibelinos; ó hablando mas particularmente, hay en ella cuatro familias principales; dos güelfas, los Scotti y los Fontana; y dos gibelinas, los Landesi y los Anguissola; y entre los nombres de estas cuatro familias se sortean los empleos de la ciudad, no mencionándose en la extraccion de dichos empleos ni al príncipe ni á la comunidad; en las urnas donde están las papeletas se lee, la urna de Los Landesi ó la urna de los Scotti, y así de las demas familias precitadas: cosa poco honrosa para el príncipe y odiosa á los ojos del pueblo, porque de este modo reciben una superioridad muy extraña; resultando que los que son nobles y hombres de bien huyen de intervenir en las cosas de la comunidad, y que los que aceptan dichos empleos, son en su mayor parte personas que necesitan seguir la voluntad de los que se los han dado.»

La expulsion de los Franceses no habia aliviado á Italia, pues los imperiales debían vivir á discrecion, robando y saqueando ciudades y aldeas segun la necesidad, y hasta los Estados independientes. Morono sostenia el ódio contra los Franceses en Milan, y Andres Barbatto, fraile agustino, excitaba á preservar á la patria de Bárbaros, diciendo que si los Gentiles lo hacian únicamente por la esperanza de la gloria, los Cristianos lo debían ejecutar pensando en la vida inmortal (1). Pero los Milanese, hallándose desprovistos de lo necesario, hubieran sucumbido, si Bonnivet, declarando que no quería imitar el ardor comun en los suyos, no hubiese dejado escapar las ocasiones de vencer. Entretanto los enemigos se reconciliaron, y si bien perdieron á Próspero Colonna, el general mas prudente de la época, que habia enseñado á vencer sin combate y sólo por la eleccion de las posiciones, pudieron continuar la guerra mandados por Carlos de Launoy, que le reemplazó, el condestable de Borbon y Francisco de Avalos, marques de Pescara. En sus filas peleaba Juan, de los Médicis de la clase média, que habia pasado del servicio del pontífice al de la Francia, y despues á las filas imperiales. Era jefe de las bandas negras, llamadas así porque llevaban luto por Leon X, é introdujo de nuevo la costumbre de las armas á la ligera que habia caído en desuso. Quería que sus soldados montasen caballos turcos y rocines de España, y que estuviesen bien armados con yelmos á la borgoñona; de modo que siguiendo su ejemplo y por la comodidad que de esto resultaba, casi se renunció á los hombres de armas en Italia, produciendo aquellos á menudo entrambos efectos con ménos gastos y mas rapidez. Él fué tambien quien restableció la milicia llamada lanzas rotas, que se componia de hombres escogidos y bien pagados, los cuales, ya á pié, ya á caballo, siguen siempre á su capitán, sin estar sujetos á nadie mas. De entre ellos salen despues hombres de gran reputacion y autoridad, segun su valor y la benevolencia del señor (2).

Bonnivet, abandonado por los Suizos, derrotado completamente y herido al atravesar el Sesia, entregó el ejército á Bayardo. Este, olvidando las injusticias cometidas con él, tomó el mando y organizó la retirada; pero herido de muerte cerca de Romagnano, quiso que se le colocase junto á un árbol, con la cara vuelta al enemigo. En esta posicion, mientras dirigia preces y actos de contricion á la cruz de su espada, le encontró el condestable de Borbon, y manifestó compadecerle; pero él le dijo: «No es á mí á quien hay que compadecer, pues que muero como hombre de bien, si no á vos, que peleáis contra vuestro rey y vuestra patria.» En seguida espiró, y los Franceses dejaron nuevamente la Italia.

(1) GUICCIARDINI, XIV.

(2) Rossi, *Vita di Giovanni dalle Bande nere*.

Sin embargo, los vencedores no se regocijaban. Á duras penas hallaban en el país mas fértil del mundo, reducido por ellos al estado mas miserable, las cosas necesarias á su existencia, siéndoles preciso para poder vivir, llevar las tropas á ajenos territorios, principalmente á la Romanía, y gravar con contribuciones á súbditos y amigos; en lo cual vió probado la Italia, que despues de tantos padecimientos no habia conseguido mas que mudar de amo.

En medio de estos acontecimientos habia muerto Adriano VI, hombre de bien y príncipe incapaz, á quien sucedió Clemente VII, que con el nombre de cardenal Julio de Médicis se habia hecho amar, sobre todo de Florencia. «No era orgulloso, simoníaco, avaro ni libertino, sino sobrio en su alimento, económico en su traje, religioso y devoto.» (VETTORI). Instruido además en las ciencias, protector de las artes, diestro en los negocios mas difíciles, orador elegante, fué sin embargo para la Italia el pontífice mas funesto. Comenzó por reducir á la obediencia á los príncipes vasallos de la Iglesia, que se insurreccionaban cada vez que vacaba la Santa Sede; en seguida trató de colocar á sus parientes. Habia favorecido siempre á España y se alababa (1) de haber impedido á Francisco I adelantarse hasta Nápoles en su primera invasion; de haber decidido á Leon X á no oponerse á la eleccion de Carlos V, y á abolir la antigua prohibicion de unir la corona imperial á la napolitana; de haber favorecido la alianza del emperador con el papa á fin de tomar á Milan; «de haber hecho elegir á Adriano VI, no economizando para conseguir su objeto los tesoros de sus amigos, los de su patria y los suyos.» Sin embargo, asustado á la sazón de ver á los Españoles establecidos en Lombardia, mudó de política.

Por otra parte la guerra convenia á los combatientes para seguir siendo necesarios. El condestable de Borbon insistía en invadir la Francia y marchar sobre Lyon: «Tres cañonazos, decía, harán que vengan á echarse á nuestros piés sus medrosos habitantes, con las llaves en la mano y la cuerda al cuello.» Carlos proporcionó, pues, tropas y naves, Enrique VIII dinero (2), y Pescara pasó el Var con el condestable de Borbon. Pero no tardaron en conocer el ódio que inspiraba la traicion de este último, y lo fuerte y unánime que se levantaba la Francia contra los invasores. Al cabo de 40 dias de haber puesto sitio á Marsella se fatiga-

(1) En una carta citada por Ranke.

(2) Es curioso leer en las *Memorias de la ilustre casa de Russel*, publicadas últimamente, que lord Russel, encargado de pagar al condestable de Borbon los subsidios de Enrique VIII, se vió precisado á trasladar el dinero desde Génova á Chambery en mulas, dentro de fardos y sacos, como si fueran trapos viejos y legumbres de venta. Desde Chambery escribió á Enrique VIII, que el duque de Saboya, «como noble y generoso príncipe, se dignó permitir que se trasladase el dinero á Turin en seis mulas, en el área de la casa real, donde por lo comun están los ornamentos de su capilla; sobre cada division de esta arca está escrito lo que contiene, con el objeto de que nadie piense que hay allí otra cosa.» Por medio de tal artificio, se salvó el subsidio que debía sostener la guerra en Francia.

ron, y emprendieron una retirada con visos de fuga, y Francisco I que se adelantaba para castigar la *baladronada española* del desertor, atravesó el Monte Cénis con cuarenta mil hombres, y marchó sobre Milan por Vercelli.

Los soldados habian llevado allí la peste, su inseparable compañera; por lo cual Esforcia y Morone, su canceller, dejaron la ciudad. Pescara, viendo que no podia sostenerse, se retiró tambien, y los Franceses entraron en ella y confiaron el gobierno á La Tremoille.

Los imperiales estaban desanimados; muchos soldados desertaban desde que habian perdido las esperanzas de vencer y saquear; los oficiales no convenian en los partidos que habia que adoptar, y Francisco hubiera podido asegurar la victoria, si el almirante Bonnivet no le disuadiera siempre de las empresas mas ventajosas, como impropias de un rey, y si hubiese conocido el sistema moderno de dejar atras las fortalezas. El tiempo que perdió en apoderarse de estas, lo ganó Antonio de Léyya que habia asistido á treinta y tres batallas y cuarenta sitios, y fortificó á Pavia. Mientras que Francisco se detenía delante de esta plaza, Juan Jacobo de Médicis, aventurero milanés, que habia conseguido, en medio de aquellos trastornos, establecer su dominacion á orillas del lago de Como, pudo, sitiando á Chiavenna, impedir que los Grisones acudiesen al socorro del monarca francés, y los imperiales, reuniéndose por todas partes, cogieron á este en el centro. Cuando todo estaba reducido ya á táctica, Francisco seguía apegado á las proezas de la antigua caballería, considerando punto de honra el no retroceder nunca. Aceptó, pues, la batalla, y en ella perecieron ocho mil de los suyos con una veintena de los mejores capitanes, entre ellos Bonnivet y La Tremoille; el mismo rey, rodeado de enemigos que sin conocerle querían matarle, se defendió hasta encontrar al virrey Lannoy, á quien entregó su espada. Este la recibió de rodillas, y le entregó otra; los que se hallaban mas próximos á él se apresuraron á quitarle todo lo que tenia y hasta los vestidos (1).

Aunque el rey escribió á la duquesa de Angulema: *Todo se ha perdido, ménos el honor* (2), Carlos V conocia bien que no se habia perdido NADA, y que la Francia permanecía entera, aun sin su rey. Por tanto mostró moderacion en la alegría que le causó aquella captura, y no siguió el consejo que le daba el duque de Alba, de invadir la Francia, sumida en la consternacion. Toda la Europa se interesó

(1) De tout pars lors depoullé je fuz, Rien n'y servit, deffense no refus, Et la manche de moy tant estimée Par pouvre main fut toute despécée. (Epístola escrita por él en la prision.)

(2) Siento tener que despojar á esta frase tan repetida de su principal belleza, transcribiéndola tal cual se pronunció: *Tout est perdu, hormis l'honneur ET LA VIE QUI EST SAUVE*. Véase á REY, *Hist. de la captivité de François Ier*, Paris, 1837.

26 octubre.

1525.

Batalla de Pavia, 24 febrero.

Francisco I prisionero.

por el rey soldado. Erosmo escribió á Carlos V; los nobles españoles pidieron que se le dejase en libertad bajo su palabra, ofreciendo servirle de fianza. El mismo Francisco había confiado en la generosidad de su enemigo; pero Carlos le hizo encerrar en Pizzighettone, y pidió por precio de su rescate la cesion de la Borgoña, Milan, Asti, Génova y Nápoles; y para el condestable Borbon, además de sus bienes confiscados, el Delfinado y la Provenza, que formarían un reino independiente. *¡Antes morir en la prision, exclamó Francisco, que cercenar el patrimonio de mis hijos!* Y se dejó trasladar á España, persuadido de que le bastaría una conversacion con su hermano Carlos para obtener la libertad. Pero el emperador, celoso al ver los honores que le prodigaba la nobleza, prohibió la entrada en el Alcázar donde le tenia prisionero, y tampoco él quiso verle hasta que supo estaba enfermo de pesar: temiendo entonces perder una prenda de que esperaba sacar fruto, le visitó, consolándole únicamente con buenas palabras, y como Margarita de Angulema fuese á verle y confortarle, trató de detenerla con maneras muy afectuosas, hasta que espirase el término del salvoconducto para poder retenerla también prisionera.

Este inesperado acontecimiento que acababa con los subterfugios de la política, sembró el espanto en Italia, la cual quedó á merced de un ejército victorioso, insubordinado y acostumbrado al saqueo. Clemente VII, que se había unido á Francisco I, no podía esperar más que una borrasca, y no se había preparado bien á hacerle frente con sus economías inoportunas, y una deplorable irresolucion. Hubiera podido uniéndose á los Venecianos como estos se lo proponían, y al duque de Ferrara, sostener el honor italiano contra un ejército sin sueldo ni disciplina; pero prefirió arreglarse con Carlos V desde que este príncipe aseguró á los Médicis la dominacion de Florencia, y le proporcionó dinero con el cual los imperiales, después de recobrar su vigor y cesando de temer la concordia de los enemigos, tiranizaron á los Italianos divididos, y al mismo pontífice Clemente: este, que no había querido ponerse á la cabeza de sus compatriotas, se encontró entonces á merced de los extranjeros. Reconoció Clemente sus faltas, y unió sus quejas á las de toda la Italia que temblaba á la idea de permanecer bajo el yugo de una gente para ella tan fatal. Esforcia, á cuyo nombre se había recobrado el Milanésado, veía que este país era víctima de la soldadesca, y conocía que Carlos V trataba de desposeerle para reunir el ducado á sus Estados hereditarios. Su canciller Jerónimo Morone, aterrado al considerar esto, concibió el pensamiento de una confederacion italiana, cuyo objeto fuese asegurar la independencia del país. Enrique VIII la favoreció por envidia de Carlos, y la regenta de Francia prometió subsidios, esperando obtener de aquella manera mejores condiciones del vencedor.

Conspiracion de Morone.

El marques Alfonso de Pescara gozaba de gran crédito en el ejército español. Aunque había nacido en Italia, era de raza española y no hablaba más que el idioma castellano: « tenía un orgullo desmesurado; era envidioso, ingrato, avaro, rencoroso y cruel, sin religion ni humanidad, propio para la ruina de Italia. » (VETTORE.) No estaba contento con que Lannoy hubiese enviado á España al real prisionero, pues el ejército quería tenerle en prenda de los sueldos que se le debían. Así Morone creyó atraerle á su partido, no por sentimiento nacional, sino con la esperanza de una corona. Extraño á la cultura italiana, é imbuido por la lectura de los romances españoles en ideas exageradas de lealtad, Pescara no creyó envilecerse descendiendo al infame papel de espía. Consintió en abocarse con Morone en el castillo de Novara, donde se puso al corriente de las negociaciones entabladas, de los cómplices y medios de éxito (1); pero detrás de un tapiz había ocultado á Antonio de Lévy; en su consecuencia fué preso é interrogado el canciller por el mismo marques, ocupado el Milanésado y sus habitantes obligados á jurar fidelidad al rey de España. Poco después moría Pescara, en la edad de treinta y seis años.

Cuando los Italianos vieron á Carlos V en posesion del Milanésado, conocieron que había fenecido su independencia. Ocupando entonces Venecia el puesto de protectora de la libertad á que Florencia había tenido que renunciar, reunió tropas y dirigió á Clemente VII las más vivas instancias para que se declarase seriamente. El pontífice escribió al emperador cartas que manifiestan cuán poseído estaba del sentimiento de sus deberes, y de los del monarca á quien se dirigía (2); pero cuando se

(1) « Cosa para mí tanto más sorprendente, cuanto que recordaba que Morone me había dicho muchas veces, que no había en Italia hombre igual en malicia y mala fe al marques de Pescara. » GUICCIARDINI, XVI.

El embajador veneciano Gaspar Contarini esperece alguna luz en el acontecimiento de Morone y Pescara: « El consejo de César está dividido en dos partes; el jefe de una es el canciller (Gattinara)... este aconseja á César que se haga monarca universal, que cuide de la expedicion contra los infieles, cosa propia de un emperador cristiano, y que humille la corona de Francia... para lo cual es preciso que se atraiga el afecto de Italia... Por el contrario, el virey (monseñor de Beaurain) y Don Hugo de Moncada, cuyo consejo favorece lo más posible al marques de Pescara, aconsejan á César que se convenga con Francia y arruine á Italia, de la cual dicen se apoderará arreglándose con el rey cristianísimo. Pero la cesárea majestad, á nuestra marcha de la corte, parecia inclinarse al dictámen del canciller, y querer que prevaleciese. Al llegar á Italia y ver el tumulto del Estado de Milan, me he admirado sobremanera, juzgando que esta comision tan particular (de destituir al duque) no la ha recibido el marques del César, el cual le había conferido únicamente una comision general por cierta sospecha que tenía del duque. Pero él, impulsado de su mala voluntad contra este y contra Italia, ayudado además del archiduque de Austria, que aspira al ducado de Milan, se ha excedido hasta el punto que hemos visto. » *Relaz. degli amb. veneti*, serie primera, tom. II, pág. 59.

(2) «...En todo el tiempo pasado, teniendo nosotros grande opinion de la bondad y sabiduría de V. M. y de su excelente ánimo hácia la paz y la libertad de Italia, habíamos puesto en V. M. toda nuestra esperanza de pacificar la afligidísima Cristiandad, y dirigir los esfuerzos á aquellas obras que pertenecen al honor de Dios y á la exaltacion de su santa fe con

14 de octubre.

30 de noviembre.

trataba de obrar, volvía á sus vacilaciones y recurría á una conducta fraudulenta. Príncipe fatal, que queriendo arruinar á Francia por medio del emperador, y al emperador por medio de Francia, adhiriéndose tan pronto al uno como al otro, según los celos del momento, sin hacerse amar ni temer, extinguió la libertad de su país y atrajo sobre la Italia calamidades, de las que tuvo en parte que resentirse él mismo.

En Francia, donde Luisa de Saboya se había encargado de la regencia, todas las órdenes

suma gloria de V. M.; mas de repente, cuando nadie lo aguardaba, en completa contraposicion de la opinion que tenemos formada de vuestra buena y santa voluntad, según la hemos encarecido siempre á todos, aconteció que por los ministros de V. M. en Italia, el ducado de Milan fué quitado al duque, y este se vió sitiado en el castillo, y recabando la obediencia en nombre de César; lo cual ha hecho perder toda esperanza y frustrado todo designio de pacificacion. Apareciendo tan manifiesta la ruina de Italia, los que temían por sí y á la par eran poco amigos de V. M., no cesaron de confortarnos y animarnos, diciendo que antepusiéramos á todo el deber de buen príncipe italiano y de verdadero papa, el cual exigía que impidiésemos la servidumbre y opresion de Italia; mostrándonos que en atencion á habernos anunciado muchas veces lo que ha sucedido luego, debíamos adherirnos más bien á sus razones, que llevaban en sí tan gran sello de verdad, que dejarnos engañar por las de los demás. Pero aunque alguna vez sintiésemos suspendido nuestro ánimo, y dudásemos de la mente de V. M. respecto de nosotros, al ver que no se nos respondía como merecíamos, y que vuestros ministros en Italia inferían á nuestro Estado y á nuestros súbditos muchos ultrajes, como siguen haciéndolo; sin embargo, no hemos querido nunca celebrar contrato alguno que nos privase de la amistad y el amor de V. M.... Teniendo firme esperanza de que aquel que tantas veces ha mostrado y prometido que su voluntad era constituir en Italia potentados libres, lo hará ahora con tanta mayor diligencia cuanto que se ha visto al Estado de Milan conducirse de un modo enteramente contrario á esta esperanza. Con tal objeto, para ver una prueba clara de la fe y buen ánimo de V. M., hemos estipulado con el señor duque de Sessa y el caballero Ferrara esperar dos meses, hasta recibir vuestra determinacion, y hemos señalado este plazo contra la voluntad de todos, pues generalmente se cree que no debería desaprovecharse la ocasion y que cualquier plazo es perjudicial á los asuntos de Italia...

» Hacer que esto no suceda, que la desesperacion de muchos no lleve la suma de las penalidades hasta donde nunca ha subido, depende de vos, carísimo hijo, en quien estriba toda esperanza y remedio. Ahora es la ocasion de que V. M. muestre de una manera indudable la verdad de lo que tantas veces ha repetido, á saber, que quiere la paz y libertad de Italia, devolviendo su Estado al duque de Milan, y alejando de las almas de todos un miedo y una desesperacion tal, que de no disiparse corre peligro de estallar como nunca. Si se acusase al duque de haber celebrado alianza contra V. M., atendida su naturaleza y las infinitas opresiones que se le irrogaban, debe V. M. juzgar que por parte del duque no ha habido sino algun error, mientras que otros han incurrido en una verdadera perfidia, alguno de los cuales quizá da cuenta ya ante Dios....

» Suplicamos, pues, á V. M. encarecidamente, y con nosotros la paz y el sosiego de la Cristiandad, que consienta, poniendo en libertad y devolviendo su Estado al duque, en dar esta prueba de su sincera fe y de su deseo de proporcionar la paz á Italia; lo cual atraerá á V. M. el afecto de todos, pudiendo en consecuencia asegurar perfectamente sus cosas con una alianza comun...

» Estos actos, carísimo hijo, no pueden aniquilarles la muerte ni el tiempo, que con tal facilidad destruyen los principados, las victorias y el poderío de los hombres; y dando así algun objeto particular al bien público, se gana el cielo y una gloria imperecedera en las edades futuras. Nosotros, si V. M. se deja persuadir por las palabras de un bueno y cariñoso padre, y cede á nuestras súplicas justas y honestas, le ofrecemos, no solo diezmos, cruzadas, capillas, todo lo que puede conceder nuestra potestad espiritual y temporal, sino también nuestra sangre y vida, consagrándole para siempre tanto honor y afecto que jamás nos separemos de sus consejos ni de su voluntad. » *Lett. di Pr. II*, 95. La fecha es del 16 de diciembre de 1525.

mostraban un ardiente patriotismo y ofrecían dinero para conservar la integridad de las fronteras. Si Francisco I hubiese tenido el valor de abdicar, de modo que no quedase más que un prisionero, nada hubiera tenido que temer la Francia. Léjos de esto, se condujo como rey y trató de su libertad con un enemigo que no conoció que le convenia, ó retenerle perpetuamente en su poder, á fin de que las discordias interiores consumiesen el reino, ó devolverle con generosidad á una nacion que se dejó llevar por lo comun del sentimiento (1). Pero Carlos, cediendo á mezquinos intereses, y queriendo hacer con su rival lo que Cortés con Motezuma, en lugar de seguir los consejos de su confesor que le invitaba á perdonar, daba oídos á su canciller Mercurino Gattinara, que le inclinaba á usar de rigor, y llegó hasta tratar mal al rey. Persuadido Francisco I de que era lícito engañar al que así le violentaba, convino en las condiciones exigidas por Carlos, es decir, en abandonar la Borgoña y otras provincias de Francia, y renunciar sus derechos á Flandes, el Artois y el reino de Nápoles.

Leonor de Portugal había sido prometida en matrimonio por Carlos V al condestable de Borbon; pero ¿cómo dar la mano de su hermana á un hombre manchado con una traicion? Cuando el duque llegó á Madrid, el marques de Villena, á quien Carlos requirió para que le diese alojamiento en su palacio, contestó: « No puedo desobedecer á vuestra majestad; pero apenas haya salido de él, le prenderé fuego, como infestado por la presencia de un traidor. » Comprometiéndose, pues, Francisco I á casarse con Leonor, indemnizando al duque de Borbon con devolverle sus feudos confiscados y conferirle el ducado de Milan. Sus hijos debían quedar en prenda del cumplimiento de este tratado. Sus condiciones parecieron tan exorbitantes, que Gattinara se negó á firmarlas como de imposible ejecucion; pero Carlos estaba satisfecho con haber conseguido humillar á su rival, y después de haberle hecho sufrir las penalidades de la prision, no le desagradaba poder llamarle también desleal. Por su parte Francisco deseaba la libertad, los placeres, el ejercicio del poder, y sin tomarse tiempo para abrazar á sus hijos que dejaba en rehenes, se lanzó al territorio frances exclamando: *¡Aun soy rey!*

Inmediatamente reunió á los grandes en Cognac, y todos opinaron que no estaba en la obligacion de cumplir un tratado que le había sido arrancado por la guerra. Los Estados de

(1) Maquiavelo escribía á Guicciardini el 3 de enero del año 1525... « He sido siempre de opinion, que si el emperador quiere llegar á ser *dominus rerum*, no debe dejar libre al rey; pues conservándole, imposibilita á todos sus adversarios, que por este motivo le dan ó le darán cuanto tiempo necesite para organizarse, porque tiene ora á Francia, ora al papa con esperanza de acuerdo, y ni desecha los tratados ni los celebra. Y como ve que los Italianos están inclinados á unirse á Francia, estrecha con esta las conferencias; de suerte que Francia no concluye nada y él gana; se ha visto que con estas bagatelas ha ganado á Milan, y ha estado á pique de ganar á Ferrara. »

1326.  
14 ene-  
ro.

1326.  
18 de  
marzo.

Borgoña protestaron, diciendo que el rey no tenía derecho para ceder aquel país. La asamblea de los notables declaró en París que Francisco no podía enajenar el territorio, ni constituirse de nuevo prisionero, y votó subsidios para hacer la guerra. Acusáronse mutuamente de felonía Carlos y Francisco, y se prepararon al combate.

El honor del rey había quedado á salvo en Pavia; pero ¿sucedió lo mismo entonces?

Por sugestión de Capino de Capo, nuncio de Clemente VII, y por los del embajador veneciano, entró Francisco I en una santa liga, cuyo objeto era libertar á sus hijos, asegurar á Esforzia el ducado de Milan, y al papa el reino de Nápoles, arrojando á los imperiales de Italia y conservar la independencia de aquel país (1).

Después de treinta años de guerras, ó mas bien de torpes suplicios, impuestos á una población inerme por una soldadesca feroz y mala, asistía á Italia sobrada razón para desplegar sus últimos esfuerzos. La Sicilia reclamaba en vano sus privilegios á un rey dueño de la mitad del mundo; Nápoles era asolado audazmente por los jefes de bandas y los magistrados, que no contentos con robar las riquezas, secaban las fuentes; la Toscana veía espirar su libertad; la Rumania había tenido que sufrir alternativamente á tiranuelos turbulentos y pontífices ambiciosos; la Lombardia no cesaba de ser un campo de batalla; además, todas estas comarcas eran recorridas por ejércitos formados de reclutas extranjeros, comprados separadamente ó conducidos por un capitán por mero amor al botín; tropas dispuestas siempre á volverse contra los que las pagaban, y que á cualquier precio querían la guerra, su único medio de existencia, aun cuando tuviesen que hacerla por su cuenta. Las facciones se habían reanimado en Lombardia en medio de las dominaciones que allí se sucedían, y algunos pequeños señores se habían elevado sin mas derecho que el de su espada ni otro objeto que el de poder obrar á su capricho.

En este número se señaló Juan Jacobo, perteneciente á los Médicis de Milan. Empezó su carrera con *venganzas varoniles*, y para huir del castigo abrazó el oficio de las armas, sosteniéndose como tantos otros lo hacían en un país desorganizado. Francisco Esforzia se valió de él para deshacerse de Astor Visconti, su enemigo particular, y en recompensa le dejó ocupar el castillo de Musso junto al lago de Como. Habiéndose fortificado en aquella posición, dominó el lago, dió acogida á mesnaderos é ingenieros, y entonces pudo á su gusto ó reducir á la escasez el ducado, impidiendo

(1) El datario Ghiberti escribía al obispo de Veruli: « Me limitaré á recordaros que esta guerra no es ocasionada por un punto de honor, ni por una venganza, ni tampoco por la conservación de una ciudad, sino que decidirá de la salvación ó de la perpétua servidumbre de toda Italia, » Carta de Pr. á Pr.

trasladar á él trigos, ó atacar la Valtellina y Chiavenna para secundar al duque. Obligó también á los Grisones á llamar á las tropas que servían á las órdenes de Francisco I, lo que produjo la derrota de Pavia, y cuando los Españoles se apoderaron del país, no se sometió á su yugo, sabiendo mostrarse alternativamente león y zorra. El lago y las montañas comarcas abundaban en bandas de hombres armados, que aprovechándose del desorden general, robaban y mataban con desprecio de las leyes: las personas pacíficas eran sus víctimas. Medeghino destruyó á unos, reunió á otros, y se sostuvo de esta manera dominando y esparciendo el terror en los alrededores. Se tituló conde de Lecco y acuñó moneda. Poco faltó para que se apoderase también de Como. Bien provisto de oro y tropas, capaz de cometer cualquier crimen, uno de los hombres mas astutos de aquel siglo de astucia, con todos los partidos, teniendo conocidos y espías por todas partes, estaba ansiando por formarse un vasto dominio, y tal vez apoderarse del ducado entero con el auxilio de los Suizos que confiaba comprar. Pero diez mil Grisones, de los cuales era enemigo declarado, se pusieron de acuerdo contra él con Carlos V, de quien era incómodo amigo. Sin embargo, con tal maña supo manejarse Medeghino y hacer sus tratados, que llegó á conseguir del emperador amplias condiciones, consistiendo nada menos que en treinta y cinco mil escudos y el marquesado de Marignano (1532).

La gravedad de los males comunes hacía desear el remedio. La envidia excitada por Carlos V, y el desorden de las rentas de este monarca, daban esperanzas de que la independencia de Italia se sostendría eficazmente. Por desgracia los Italianos habían perdido la costumbre de las armas, y aquellos hombres intrépidos que para saquear y dominar arrostraban la fuerza ó vendían su denuedo eran la hez de la nación; llenos de energía, pero desprovistos del verdadero valor que nace de un sentimiento generoso. Por otra parte, los gobiernos no tenían ya la firmeza con que en otro tiempo resistían tanto á los extranjeros como á los nacionales. Venecia vivía con el día, y el papa titubeaba. Carlos V prometió al pontífice restablecer á un Italiano en Milan, y restituir las ciudades de Parma y Plasencia á la Santa Sede; luego ponía por obra, según la antigua táctica de los reyes, heresiarcas y concilios, espantajos para hacerle aceptar sus voluntades. Ya Lutero se había engrandecido hasta el punto de asustar al mundo católico. Maximiliano le había protegido diciendo: *Algun día podrá ser bueno para algo*. Carlos V, conociendo que el papa temía mucho la doctrina de Lutero, quiso valerse de este freno para sujetarle. (VETTORI.) Clemente, en la ruina de Italia, esperó que la Iglesia á lo menos triunfaria mediante el engrandecimiento de Carlos, á quien consideraba como ardiente ca-

tólico. Tenemos una carta suya en la cual le propone formar una liga con los príncipes ortodoxos, á fin de extirpar con el fuego y el hierro aquella planta venenosa. Dividido así entre dos intereses, no supo ser ni buen papa ni buen Italiano (1).

Sin embargo, desde que estalló la guerra, no hay necesidad de decir con qué ardor los Italianos se prepararon á la lucha, conociendo que debía decidir de sus destinos. El duque de Urbino, general de los Venecianos, marchó sobre el Milanésado, al par que Guido Rangone y el historiador Guicciardini se unieron á las tropas pontificias; pero los aliados no sabían obrar de acuerdo; el papa creyó que no tenían para con él las debidas consideraciones; Medeghino, que recibía de este sumas considerables para reclutar Suizos, las gastaba en su propio interés; el duque de Urbino, jactándose de imitar á Colonna, alargaba todo lo posible la guerra; « las provisiones de los Franceses, abundantísimas en palabras, eran cada día mas escasas en la realidad, (GUICCIARDINI) » sobre todo desde que Francisco I había en tablado nuevas negociaciones con el emperador.

1526.  
16 de  
junio.

Entretanto Milan estaba tiranizado por Antonio de Léyya y Alfonso de Ávalos, que procuraban con atroces suplicios y exacciones brutales producir levantamientos que justificasen nuevos rigores; de tal manera que varios Milanéses se mataron para sustraerse de aquel yugo de hierro, é infinidad de ellos emigraron cuando Léyya les permitió llevarse su dinero. No habiéndose quitado un noble el sombrero para saludarle, Léyya le mandó dar muerte (2). Indignado el pueblo se amotinó, penetró á viva fuerza en el antiguo palacio, donde mató 150 infantes que estaban de guardia, se apoderó del campanario, arrojó de allí los centinelas, y peleó hasta por la mañana, con pérdida de algunos centenares de ciudadanos. Pero los lansquenets incendiaron por diferentes puntos la ciudad; habiendo acudido en mayor número los Españoles, enviaron al suplicio ó al destierro á los jefes, disponiendo de los demas á discreción, y Milan fué abandonada á la avaricia de los soldados (3), que no contentos con haber asolado el campo y saqueado las

(1) Un papazgo formado de respetos, de consideraciones, y discursos, de mas, de después, de pero, de sí, de quizás, de sin embargos, de bastantes palabras sin hechos, etc. BERNI.

(2) « Era este (Léyya) cruel en extremo: no bastándole quitar á los hombres, donde quiera que iba, juntamente con la vida la hacienda, mandaba también prender fuego á las casas, y quemaba de un modo bárbaro cuanto encontraba al paso. Al duque de Urbino, que le envió á preguntar « qué clase de guerra era aquella, contestó que tenía orden de S. M. para obrar así con todos aquellos que le negasen obediencia. » Entonces el duque le dijo que « no se maravillase después, si le veía asar la carne en el fuego que él encendiese, asegurándole que quemaría en adelante á cuantos Alemanes cogiese. » VARCHI, Storia, VI.

(3) En cuanto á las nuevas de Milan, el mogio de trigo vale 50 libras; el vino 16; no se encuentra leña ni cosa equivalente; todas las personas en Milan comen pan de maíz, excepto los capitanes. Doc. di storia italiana, 163.

tiendas, tenía cada uno atado al dueño de la casa donde se hospedaba, para arrancarle con violencia y malos tratamientos lo que pudiera tener escondido. « Y habiendo despojado de las armas al pueblo de Milan, y enviado fuera de la ciudad á las personas sospechosas... habiéndolo reducido á una cruel servidumbre, no pensaron en las pagas de los soldados, los cuales, alojados en las casas de los Milanéses, no solo hacían que los dueños de estas les proveyesen cotidianamente de un alimento abundante y delicado, sino también que les suministrasen dinero para todas las demas cosas de que tuviesen necesidad ó que apeteciesen, sin dejar de tratarlos de la manera mas dura, aun después de ver satisfechos sus deseos. Siendo estas cargas intolerables, los Milanéses no tenían otro remedio que huir ocultamente de Milan, pues estaba prohibido verificarlo de un modo ostensible. Para impedirlo, muchos de los soldados (especialmente españoles, porque en la infantería alemana había mas modestia y mansedumbre) ataban á los dueños de las casas, á las mujeres y á los niños, habiendo expuesto además á su lascivia la mayor parte de las personas de cada sexo y edad.

» Todas las tiendas de Milan estaban cerradas; cada cual había ocultado en lugares subterráneos, ó llevado á otros puntos, los géneros de los almacenes, las riquezas de las casas y los adornos de las iglesias, que ni aun así eran respetadas; pues los soldados, so pretexto de buscar las armas, registraban diligentemente todos los sitios de la ciudad, obligando á los criados de las casas á que les manifestasen estas, y dejando á los dueños, cuando las hallaban, aquella parte que les parecía. Presentaba, pues, la ciudad un aspecto lastimoso, y movía á compasión ver á los hombres sumidos en la tristeza mas profunda y aterrados: ejemplo increíble de las mudanzas de la suerte para aquellos que habían contemplado poco antes á Milan llena de habitantes, y á causa de la riqueza de los ciudadanos, del infinito número de las tiendas y ocupaciones, de la abundancia y delicadeza de todas las cosas pertenecientes al sustento humano, de la soberbia pompa y suntuosísimos adornos tanto de las mujeres como de los hombres, y de la índole de los moradores inclinados á las fiestas y á los placeres, no solo henchida de gozo y alegría, sino en el mayor grado de esplendor y mas feliz que todas las demas ciudades de Italia. Encontrábase ahora casi desierta, por el daño gravísimo que había hecho en ella la peste y por los muchos ciudadanos que habían huido y continuaban huyendo; los hombres y las mujeres llevaban vestidos groseros y sumamente pobres; no se veía señal alguna de las tiendas y las ocupaciones que proporcionaban grandes riquezas á aquella ciudad: la alegría y el ardimiento de los hombres se habían convertido en sumo dolor y miedo...

» Privado el pueblo de Milan de esta espe-